

“¿Qué se habrá creído? Que yo me iba a amolar y a cargar con el crío. Ella, “que es tuyo”, “que es tuyo”. Y yo ya sabía que había estao con otros. Aunque fuera mío. ¿Y qué? Como si no hubiera estao con otros. Ya sabía yo que había estao con otros. Y ella, que era para mí, que era mío. Se lo tenía creído desde que le pinché al Guapo. Estaba el Guapo como si tal. Todos le tenían miedo. Yo también sin la navaja. Sabía que ella andaba conmigo y allí delante empieza a tocarla los achucháis. Ella, la muy zorra, poniendo cara de susto y mirando para mí. Sabía que yo estaba sin el corte. Me cago en el corazón de su madre, la muy zorra”.

(...)

Cartucho pertenecía a la jurisdicción más lamentable de los distintos distritos de chabolas. Mientras que la mortuoria del Muecas había sido establecida del modo legal y digno que corresponde al inmigrante honrado, la de Cartucho (o más bien la de la anciana madre de Cartucho) era una chabola avinagrada, emprecariante y casi cueva. Estas chabolas marginales y sucias no pretendían ya como las otras tener siquiera apariencia de casitas, sino que se resignaban a su naturaleza de agujero maloliente sin pretensiones de dignidad ni de amor propio en estricta correlación con la vida de sus habitantes. Lujo al que nunca llegaban estas subchabolas era la división en compartimentos, como la del ganadero<sup>(1)</sup> que hemos visto bien compuesta de cocina-dining-living y dormitorio-tabernáculo-cámara de incubación. La ocupada por Cartucho era una formación de un único espacio y los objetos robados no podían ser trasladados a un departamento especial, sino enterrados bajo una piedra redonda (que sirve también para sentarse) o confiados al perista o arrojados al estanque del Retiro. Los lamentables habitantes de estos barrios no mostraban en sus manos callosas los estigmas de los peones no calificados, sino que preferían ostentar sus cuerpos en actitudes graciales y favorecedoras con pretensiones de sexo ambidextramente establecido y comercialmente explotado. Usaban a este fin de pantalones ajustados con cremalleras en las pantorrillas y de los debidos conocimientos folklóricos y rítmicos.

(...)

Así la madre estaba acucillada en su vejez y en la piedra redonda, debajo de la que su hijo tenía oscurecida la navaja con la que ya antes había arrugado al Guapo y a otros de los que no se supo. El hijo le traía revuelto en maldiciones su cacho pan y ella, que no podía levantarse, esperaba inmóvil que él trajera el diminuto botín siempre diferente: una sortija, un reloj, una paga ocasionalmente sudada, una diminuta estafa, una contraventa frustrada, una máquina de coser de niña, el bolso de una criada que ha ahorrado para bolso y se ha ido a bailar con su bolso con un muchacho bailón moreno y de pelo rizado. Hijoputa él y de madre soltera él, adherido al árbol de la vida por donde había brotado, como un clown a través del disco de papel, a un circo en el que no sabe contar chistes, esperaba tendido en la mañana, entre las piedras, la salida de alguien desde la mortuoria cabaña en la que había oído



<sup>1</sup>Ganadero: Connotación referida a la actividad del Muecas como criador ilegal de ratas de laboratorio.

gritos que le habían hecho suponer que alguien andaba con lo que era de él, llenándole el corazón de rabia.

Amador salía con su carga de bombonas y de gasas y de pena, andando con un tintineo metálico de instrumentos que había lavado cuidadosamente con agua que trajo una mujer desde el pozo de allí al lado. No pensaba tanto en la muerte como en el certificado que debe permitir que cada cosa quede en su sitio hasta en un lugar tan desamparado como aquél y en la torpeza de los que empiezan a hacer cosas que no saben hacer. Había hablado con el Muecas y habían pensado un procedimiento para dejar las cosas en orden aun en ausencia de certificado. Pero había mucha gente que lo sabía y Muecas llamó también a conversación al Mago. Hablaron pues el Mago, Muecas y Amador en voz muy baja, para irse entendiendo poco a poco sobre lo que había de ser dicho si llegaba la hora en que hubiera que hablar por fuerza.

(...)

Cartucho seguía a Amador con su carga ilegal de objetos propiedad del Estado que, con los generosos créditos dispensados a un Instituto, parece suponer que nativos de su territorio, instruidos a sus propias expensas aunque en edificios que Él ha dispuesto, pueden contribuir al crecimiento de esa montaña de saberes discretamente ordenados de la que aquí casi nada se sabe. Y según se alejaba del lugar de los hechos, se aproximaba lentamente -incapaz de poder gastar en taxi cantidad alguna aun en el caso de que hubiera habido un taxi en el desierto de la prima aurora- al subbarrio de las subchabolas donde Cartucho reinaba como señor indiscutido después de algunas de sus más pronunciadas hazañas que habían llevado algún cuerpo a la tierra y a él, sólo muy provisionalmente, a una sombra alimenticia y descansadora.

Se echó sobre Amador cuando menos lo esperaba y le puso la punta de la navaja en el vacío izquierdo y apretó un poco hasta que la sintiera. Le dijo: “¡Anda!” Le hizo andar. Le dijo: “¡Entra!” Amador entró hasta donde estaba la madre soltera, vieja, acucillada sobre la piedra redonda, comiendo unas sopas de ajo frías, sin dientes.

-¿Quién fue?

-¡Por mi madre, que yo no! ¡Por estas, que yo no!

-Deja ahí eso.

Amador dejó los paquetes en el suelo y la madre empezó a desenrollarlos para ver los objetos brillantes y las gasas y unas vendas y un frasco de yodo.

-¡Tú has sido! No me mientas.

-¡Te lo juro que no!

-Y ¿para qué era todo esto?

-Ha sido el Muecas que quiso que se lo hicieran porque la tenía en...

-¿De quién?

-Yo no sé nada, te lo juro por éstas.

-Di de quién.

La madre volvió a sus sopas indiferente. Iba oculta en grandes refajos que adherían al menguado cuerpo como viejas pieles de serpiente que no muda, sobre las que podía dormir tan ricamente.

-No le dejes, mi hijo -intervino-. Que pague lo que sea.

-¡Déjame ya o te denuncio!

-¡Hale! ¡Chívale si puedes!

-¡Déjame!

-¿Crees que me va a dar canguelo? Tú sí que vas a tener la frusa...

-Yo no he sido.

Cartucho hacía como que podía apretar, sin esfuerzo alguno, la punta de la navaja en el vientre un poco grueso de Amador el cual estaba hecho de una materia demasiado blanda para ciertos tragos. No podía adivinar de dónde había salido aquel hombre negro, como llovido del cielo o vomitado de una mina, que le apretaba contra la asquerosa vieja y sentía cada vez más sudado su cuello por el miedo. ¿A él qué se le iba en aquel asunto? Éste estaba enamorado de la muerta. Aconchabado con la Florita. Sería el padre. Pero Muecas no lo sabía. Éste se entendía con ella y el Muecas no sabía lo que le metían en la casa. Tiene un aire de fiera que puede suceder cualquier cosa, Dios sabe que barbaridad...

-Fue el médico -dijo Amador.

-No me mientas.

-El médico...

(...)

Tranquilidad. No puedo hacer nada; luego no puedo equivocarme. No puedo tomar ninguna resolución errónea. No puedo hacer nada mal. No puedo equivocarme. No puedo tomar ninguna resolución errónea. No puedo hacer nada mal. No puedo equivocarme. No puedo perjudicarme. Estar tranquilo en el fondo. No puede ya pasar nada. Lo que va a pasar yo no lo puedo provocar. Aquí estoy hasta que me echen fuera y yo no puedo hacer nada por salir.

¿Por qué fui?

No pensar. No hay por qué pensar en lo que ya está hecho. Es inútil intentar recorrer otra vez los errores que uno ha cometido. Todos los hombres cometen errores. Todos los hombres se equivocan. Todos los hombres buscan su perdición por un camino complicado o sencillo. Dibujar la sirena con la mancha de la pared. La pared parece una sirena. Tiene la cabellera caída por la espalda. Con un hierrito del cordón del zapato que se le ha caído a alguien al que no quitaron los cordones, se puede rascar la pared e ir dando forma al dibujo sugerido por la mancha. Siempre he sido mal dibujante. Tiene una cola corta de pescado pequeño. No es una sirena corriente. Desde aquí, tumbado, la sirena puede mirarme. Estás bien, estás bien. No te puede pasar nada porque tú no has hecho nada. No te puede pasar nada. Se tienen que dar cuenta de que tú no has hecho nada. Está claro que tú no has hecho nada.

(...)

**MARTÍN-SANTOS, L.** *Tiempo de silencio*. Seix Barral.

### Actividades

1. Observa el primer fragmento, es un monólogo interior de Cartucho mientras está en la cárcel. Fíjate en sus ideas repetitivas y sin mucha coherencia, como si estuviera reproduciendo un proceso mental.
2. Identifica otro monólogo interior en el conjunto de fragmentos.
3. Los dos monólogos interiores pertenecen a personajes distintos; compara su lenguaje.
4. Aunque el contenido del primer fragmento no forma parte de la trama argumental que se apunta en los otros fragmentos, tal vez te parezca que sí. Utilízalo como te parezca oportuno de manera que esos fragmentos y la información teórica sobre la obra te permitan aproximarte a una reconstrucción argumental.